

C. Diálogo de escritoras

Participantes: Esther Bendahan (España), Margarita García Robayo (Colombia), Margalit Matitihau (Israel), Marifé Santiago Bolaños (España)

Comentarista: Teresa Orecchia Havas (Université de Caen)

Moderadora: Florinda F. Goldberg (Universidad Hebrea de Jerusalén)

Las narradoras y poetas participantes fueron invitadas a exponer sus experiencias en tanto escritoras, es decir, el cruce entre la creación literaria y las vivencias de género, en la medida en que estas últimas inciden tanto en el acto creativo como en la comunicación entre escritora, editores y público lector. Las exposiciones alternaron con lecturas de una selección de sus textos.

Agradecemos a las participantes que aceptaron la inclusión de sus presentaciones en este volumen.

DOI: https://doi.org/10.31819/9783968693002_013

ESCRIBIR A PESAR DE TODO

Esther Bendahan Cohen¹

En el origen de mi escritura está el exilio, es desde allí donde surge la narración. Parto del deseo de testimoniar. Ese exilio se sustenta en mi aceptación de una pertenencia que se construye en la diáspora. Estoy convencida de que mi escritura sería otra si hubiera emigrado a Francia o a Israel, claro. Pero llegamos de Marruecos a España y asumimos con intensidad Sefarad, que era hoy y ayer, pero siempre. “Escribir a pesar de todo” (Marguerite Duras).

Desde el *afuera* me ligo a lo que considero una literatura judía relacionada con la idea de exilio, esto obliga a reflexionar sobre la identidad, la pertenencia. Participo en una literatura como espejo de espejos, *comunidad de lectores*, la obligación es la de no ser analfabeto desde hace miles de años. La diáspora, el exilio marca mi lectura, su desarrollo. Este lugar me ha influido de tal modo que lo femenino, la pertenencia a ese otro singular, el misterio diría Lévinas, era un observador silencioso.

La diáspora me obligaba a defender, a proteger un legado. A veces actuar en contra de las claves del deber de la buena literatura aportando argumentos, mostrando mediante tesis lo que gritaba Albert Cohen de niño primero, de adulto en su obra después: los judíos son buenos, hermanos en la muerte. Para comprender esta situación hay que vivir en la diáspora, hay que pertenecer a una familia activa, comprometida, situarse en esa ambigüedad. Era más fácil ser indiferente o quizá unirse a la voz crítica, pero no se trataba de una elección sino de pertenencia, como señala Alain Finkielkraut:

Para los antisemitas siempre estaremos equivocados. Culpables de ser el otro, culpables de ser el mismo. Dejaremos de pleitear porque nuestros enemigos nos han condenado de antemano, y porque ninguna jurisdicción superior puede decidir por nosotros nuestra identidad colectiva (p. 86).

Uno de los autores más significativos en Yídico, Premio nobel Isaac Bashevis Singer, en el siguiente texto, *Amor y exilio*, cuenta, cuando de joven en Varsovia empezaba a escribir, un reflejo de las preguntas que un escritor judío se hace a menudo.

Había escrito un relato y se lo entregué al editor de la revista para la que trabajaba como corrector de pruebas. Me prometió que lo leería y, si le parecía bien, lo publicaría. Al cabo de un tiempo me informó que había leído el cuento y, pese a haberlo encontrado defectuoso, había decidido publicarlo. Cuando le pregunté por esos defectos me respondió, tras cavilar por un instante, que la obra era excesivamente pesimista, carecía de problemática, y que el tema le parecía negativo y casi antisemita. ¿Por qué escribir acerca de ladrones y ramera cuando abundan los judíos decentes y las buenas esposas judías? Si algo así se tradujese al polaco y lo leyese un gentil, éste concluiría que todos los judíos eran unos depravados. Un escritor en Yidish, argumentaba mi editor, estaba moralmente obligado a poner en relieve lo bueno de nuestro pueblo, a resaltar lo noble, lo sagrado. Debía ser un defensor elocuente de los judíos, no un difamador.

¿Por qué razón un escritor en yidish estaba obligado a convertirse en defensor de su pueblo? ¿Acaso era un deber para él mantener el eterno diálogo con los antisemitas? ¿Una obra escrita según este estilo poseería algún valor artístico? (p. 188)

¹ Quiero dejar constancia de mi agradecimiento a las personas que han organizado el encuentro del que son testigos estas actas. En especial a Ruth Fine y su equipo.

Mis lecturas eran escritores judíos. Su masculinidad presente, alegre, era un todo con su entorno, su conflicto, su relación con el cuerpo, me abría a un conocimiento de lo extraño. Su sexualidad, su adolescencia enfebrecida era el mundo. Yo observaba también *afuera*. Pero nunca fueron el misterio, ni musas, ni alteridad. Lo masculino se iba apoderando del todo. Pero eran cómplices varones a los que me unía, aunque aun perdida, en mi judeidad, en un desierto cultural que me iba rodeando en una España saliendo de la dictadura, construyéndose, lo explica Robert Mizrahi en *La condición reflexiva del hombre judío*:

El sujeto judío de la Primera Generación se halla, por naturaleza, escindido y desdoblado entre las dos culturas que se encuentra en su vida... Afectivamente desgarrado entre las dos partes de sí mismo; interiormente él es una especie de mirada dinámica y de movimiento especulativo situado frente a dos términos exteriores también a sí mismo: la sustancia no judía es el Ser que él no es aún, pero hacia el cual se esfuerza con el mismo movimiento mediante el cual desea alejarse de la religión judía, como Ser que ya no es (p. 24).

Tan marcada era mi diferencia con los demás, con los no judíos que cuando me preguntó en la escuela una compañera si yo ya tenía *Eso*, como nuestras madres, le pregunté extrañada que a qué se refería, y para mi ignorante infancia al saber que eso era el periodo, la regla, el ciclo de la mujer, la menstruación, el sangrado que experimentan las mujeres y algunas hembras mamíferas cuando el óvulo, que se expulsa del ovario para ser fecundado no se fertiliza, le dije convencida que *Eso* debía ser cosa de las cristianas.

Entonces las mujeres hablaban en la parte de mujeres de la sinagoga y yo empecé a preguntarme por qué soy mujer. La niña quería estar abajo y participar. Aunque canto mal, aún no lo sabía. Poco a poco el Yom Kipur fue adquiriendo sentido. Era más que un vestido nuevo, era pensar, adquirir conciencia. Darse cuenta. Fue entonces, y a la vez cuando supe que era mujer y que ese día en el que todo se detiene, los demás seguían asistiendo a clase, las tiendas abiertas y el mismo tráfico que nos obligaba a andar con cuidado. Como cualquier día. Y en un día cualquiera cabía un día diferente. Así aparece el nosotros. Yo era mujer, niña más bien y nosotros celebrábamos algo que los demás no. Me gustaba estar bajo el talet de mi padre hasta que un día, así de repente, subí hasta donde fantaseaba con salir volando hacia el otro lado. Ya no soy todos. Ahora se cumplen 70 años de *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir. Pero no hay nada allí que no lo hayamos sentido nosotras. Y mi madre me repetía y repetía “tienes que trabajar y tener un sueldo”. Las mujeres de mi entorno no hacían reivindicaciones, eran amables, no violentas, pero como la madre de Yehuda Amihai nos cocinaban el mundo en dulces pasteles y querían cambiarlo. También nos abrían con sus dulces los ojos a la realidad y como en secreto nos iban explicando, sugiriendo en un discurso a veces contradictorio pero siempre feminista. Gracias Dios mío por no ser mujer se convirtió en la oración formulada por hombres, ellos despreciaban, pero no Dios. Escribí recientemente un poema publicado en *Diario del mes de Elul*:

Hoy pensé en la oración: “*Gracias por ser según tu voluntad*”.
Seguro que Tú aprecias cuando decimos según Tu voluntad
y no negamos al otro diciendo: “*por no ser como ella*”, por no ser mujer.

Según Tu voluntad, como si lo otro fuera casi un descuido.
Nosotras somos tu voluntad,
y voluntariamente lo soy, lo decido.
Tú. Nuestra voluntad.

En un primer tiempo participaba en el paraíso en silencio. No éramos iguales pero por entonces para mí esa era una ventaja. Lo principal era la lucha contra el antisemitismo. Sin embargo, para mi hija era diferente. Recuerdo que de niña en el colegio judío, allí no era el otro, era una igual, se centraba en todos sus trabajos en los derechos de las mujeres: en Roma, en Egipto; militante activa no dejaba de reivindicar derechos delante de su hermano mayor. Para este estaba claro, de manera natural aceptaba la igualdad. Lo único que me cuestionaba era mi afición a los autores judíos, me preguntaba por una literatura universal hasta que él mismo se dejó atrapar por el cómic y descubrió la importancia

que tuvieron autores, que por pura casualidad, también lo eran. Mi hija al cambiar de colegio e ir por primera vez a uno no judío descubrió que además debía luchar en contra del antisemitismo. A pesar de la centralidad de mi interés, mi activismo siempre hubo un interrogante. Ese observador silencioso se preguntaba sobre ciertas cuestiones que fueron acumulándose, el *sexismo fantasma* que no tiene rostro pero que se percibe como una presencia, algunos escritores se fijaban más en lo externo que en el texto, la poca importancia que le daba mi entorno a mi deseo de escribir, la frase de un “amigo”: porque sepas hacer albóndigas no eres médico, por mi ayuda a un enfermo... así que al Igual que el judaísmo uno se descubre otro como dice Finkielkraut en el patio de la escuela me supe mujer, excluida, alteridad, delante de la mirada masculina burlona que a veces me perdonaba el ser mujer. Me descubrí mujer cuando lo profesional en mí para los otros era secundario, cuando en el rostro de amigos intelectuales había una mueca jocosa ante mis comentarios.

Simone de Beauvoir comenta que a un hombre no se le ocurriría escribir un libro sobre los varones en la humanidad. Que un hombre no comienza presentándose como un individuo de un determinado sexo.

Lo cierto es que, si bien el ser judío te garantiza el mantener un diálogo con un pasado judío presente en nuestra cultura occidental, a las mujeres nos faltan referentes culturales, la mujer es la gran ausente. El empeño en buscar esas referencias es esencial, rescatar, volver a la memoria y traer es necesario, un deber.

Porque no olvidemos que, aunque la globalización ha permitido que gran número de mujeres estén empleadas, el número es aún mucho menor que el de los hombres. Además, están peor remuneradas. La clave de la transformación pasa en primer lugar como en mi caso, en el darse cuenta. Incorporar los derechos de la mujer a mis inquietudes fue un proceso lento. Nunca en realidad culpaba al otro de mi falta de aceptación de un libro o un trabajo, mi esfuerzo se ha centrado en mejorar, trabajar el texto, búsqueda del lector/lectora. Pero creo firmemente que el Feminismo como enseña Julia Kristeva es un humanismo.

Recientemente en España se ha abierto un debate sobre la necesidad de la paridad en los premios literarios y en los miembros de los jurados. Es importante que nadie quede fuera por ser mujer o parte de una minoría. Pero si la mayoría de premios son bajo plica, es decir no se presenta el nombre verdadero, cómo podemos decir que en la selección se excluyen mujeres. ¿O es acaso que hay trampa? Creo en la paridad en muchos ámbitos laborales, creo en la necesidad de incentivar, reforzar, facilitar. Además, en los lugares en los que los procesos están regulados es fácil poder acusar y determinar si se discrimina o no. En el campo médico por ejemplo las mujeres numéricamente superan a los hombres casi. Pero no en los puestos directivos en los hospitales. Dicen que es cuestión de carácter. Pero si la mujer quiere debe poder. Sin embargo, me preocupa que al igual que hay deportes de diferentes tipos y no compiten hombres contra mujeres, no deseo que la paridad literaria termine convirtiéndose en dos medidas distintas (quizá incluso muchos varones estarían encantados). Es necesario que el texto venza, que la obra hable. Ahora bien, la pregunta es cómo llegar a alcanzar la madurez necesaria para analizar y conseguir el equilibrio real sin sospecha. Porque es cuando hablamos de arte, de literatura en especial no se habla de reglas ni de procesos que uno pueda regular ni ordenar.

Creo que hay que ser firme, lamentablemente en Occidente se termina centrándose en debates internos olvidando la situación de las mujeres en el resto del mundo. ¿Y cómo se puede seguir adelante con una reivindicación si las mujeres en muchos lugares siguen siendo relegadas, maltratadas, impedidas en sus derechos? ¿No es esto un peligro para el futuro? Imaginemos cualquier grupo que reivindica sus derechos, ¿no haría lo que fuera para salvar a sus pares en otros países en situación de peligro? Afortunadas por vivir en países donde se ha llegado a cierto consenso cuando ya no se cuestiona si las mujeres tenemos o no alma (claro que más bien muchos han decidido que ni unos ni otros la tienen), es necesario mantenerse alerta; la civilización no es un progreso que perdura y se fija, necesita siempre del esfuerzo para mantenerse. Hay en la sumisión de la mujer, en el poder masculino una especie de fuerza continua, como si los derechos fueran diques que hubiera que reforzar y proteger para que el mar no inunde la tierra firme. Así que ante las cuestiones formuladas sobre la mujer y la

literatura, a la pregunta de si he sentido o no la discriminación diré que, si no la sentí de manera explícita, fue porque estaba tan arraigada en mí cierta condescendencia frente a actitudes machistas que las sobrellevaba con humor. Y quizá es el tiempo de mirar de frente esa debilidad enfermiza de ciertos varones y, como proponía Philippe Roth en su magnífica novela la *Operación Shilok* crear el grupo terapéutico de antisemitas anónimos, propongo crear junto a este el de machistas anónimos. Y ese grupo por supuesto sería abierto para hombres y mujeres porque el machismo no es privativo de los hombres.

De algún modo saberse parte de una minoría o de una parte excluida de la sociedad nos hace ponernos en alerta. Mi condición de mujer en la escritura como el ser judía entre otras peculiaridades me ha proporcionado ciertas perspectivas e intereses; creo que la influencia del origen y sexo se da precisamente en esa mirada desde el otro lado que abre posibilidades. Que obliga a darse cuenta y a un compromiso.

Mi forma de combatir es desde la reflexión, desde la escritura, desde el pensamiento. Como la pensadora Simone Weil, prefiero alejarme de los grupos, de la masa, es importante pero prefiero no diluirme, no terminar vociferando consignas con las que uno no está de acuerdo en todo. Sin embargo, aunque no quiero asumir en bloque los planteamientos propuestos por ninguna ideología, creo que el feminismo es esencial y forma parte de uno de los valores fundamentales de cualquier sociedad. Y, aunque la literatura es algo diferente a un manifiesto, y aunque no hay una literatura de mujeres o de hombres sino buena o mala literatura, debemos revisar nuestros pensamientos previos, las diversas influencias para reeducarnos con el propósito, intentarlo al menos, de crear una sociedad justa.

Bibliografía

BEAUVOIR, Simone de (2019): *El segundo sexo*. Madrid: Ediciones Cátedra.

BLOOM, Harold (2011): *Anatomía de la influencia*. Madrid: Editorial Taurus.

COHEN, Albert (1989): *Le livre de ma mère*. Paris : Éditions Gallimard.

— (2003): *Ô, vous, frères humains*. Paris: Éditions Gallimard.

FINKIELKRAUT, Alain (2006): *El judío imaginario*. Barcelona: Editorial Anagrama.

KRISTEVA, Julia (1974): *La révolution du langage poétique*. Paris: Éditions Le Seuil, coll. Tel quel.

LÉVINAS, Emanuel (1972): *Humanisme de L'autre homme*, Paris : Edition Fayard, Biblio Essais.

— (2000): *La huella del otro*. Madrid: Editorial Taurus.

MIZRAHI, Robert (1990): *La Condición reflexiva del hombre judío*. Buenos Aires: Ediciones Siglo Veinte, p. 24.

SINGER, Isaac Bashevis (2002): *Amor y exilio*. Barcelona: Ediciones B.